



En una de las piezas de su laboratorio de la Universidad de Chile, da las últimas explicaciones a una alumna, antes de enfascarse en la entrevista. Sus ya tradicionales roles continúan sobre su frente y su cuello, envuelto en un tapabocas tradicional patucón. O bufanda. Depende de la temperatura.

No se excusa en palabras para hablar de sí mismo: "Soy biólogo. Nací una persona simpática. Miéndo poco". Y no muestra intención de arreglar más.

Para muchos, Humberto Maturana es una especie de guri, aunque cada vez que puede intenta desbaratar esa imagen. Para otros, es innegable su gran ego. Pero todos los que lo conocen aseguran, con mayor o menor pasión, que es un genio.

Una de sus obras que ha causado gran impacto, es el libro *El Sentido de la Humana*. Tal vez porque muestra que es más fácil ser feliz que infeliz, o amar, más que no amar. Esa es la biología del amor. Mucho de ella viene del mar, "y uno no ve lo que le es más ajeno", dice. Da como ejemplo observar cómo se comporta una galleta con sus crías. "Ahí se está ante la biología del amor. Pero sólo lo verá si tiene la disposición, porque también frente a ese hecho, puede pensar: ¡qué lata, esta galleta vive prefiriéndose!".

Tiene 65 años y cuenta que tenía como once cuando acompañó a su madre, asistente social, a visitar la casa de una familia que se dedicaba a fabricar ladrillos: "Entramos a un hoyo en la tierra y ahí, en el suelo, cubierta con harapos, estaba la mujer que mi mamá visitaba. Junto a ella, un niño menor que yo. Cuando entré y lo vi, pensé que podía ser él y en lo afortunado que yo era porque tenía una casa pobre, pero era casa. También pensé que iba al colegio y que él no podía, y que eso no era mérito mío. Esa reflexión me permitió ver a ese niño de otra manera. Entonces, para mí comenzó, por así decirlo, una historia de poder aceptar al otro en su humanidad".

—Jahan, un maestro espiritual, dice que el amor es ciego, que nos confundimos con las imágenes y que tratamos de convertir al otro en lo que queremos que sea.

—Claro, porque cuando se relaciona con el otro, se relaciona con una imagen suya que el otro crea. Si es un maricongo, ciscue con él y lo va a pasar estupendo, pero si se casa con un maricongo como si fuera una mariposa, el intento de cambiarlo lo va a destruir y se va a destruir a sí mismo.

—¿Es por eso que cuando se siente el rechazo de una persona se la convierte de buena en mala, para justificar el rechazo?

—Ciertamente. Pero resulta que nadie tiene por qué rechazarnos. Si usted me viene a entrevista y yo no quiero, lo único que tengo que hacer es decir "no quiero ser entrevistado" y punto. Eso no dice por qué ser un rechazo, entonces, puede aceptarse eso. Lo que pasa es que como no nos respetamos y no respetamos al otro, él no acepta una invitación para ser rechazado.

—¿No muestra eso una



Humberto Maturana y su filosofía para vivir

Ni siquiera hay que ponerle hilo a la aguja

JACQUELINE TICHAUER

No le cuesta nada decir que es feliz y con énfasis: "Desde luego que lo soy". Y da su receta: para ganar la felicidad simplemente hay que dejar de buscar fantasías, renunciar a querer ser lo que los otros quieren que uno sea, dejar de defender cualquier imagen de sí mismo.

enorme fragilidad?

—Enorme. Las personas de nuestra cultura son frágiles, se tienen que estar defendiendo, porque no se respetan a sí mismos, y eso pasa porque viven en la competencia.

—¿La competencia tiene que ver con la falta de "amorosidad"? ¿Nos da vergüenza ser amorosos?

—En parte nos da vergüenza ser amorosos, porque esta cultura niega las emociones. Esta cultura dice que la persona amorosa es débil, que las emociones interfieren con la razón, que las emociones son cosas de mujeres, no de hombres. Todo eso muestra una desvalorización de las emociones y de las mujeres.

—Pero ¿cómo un ser urbano y moderno se sale de lo competitivo? ¿Cómo se "ablanda" y se libera para

querer a alguien simplemente?

—A través del respeto al otro y a sí mismo. Si es así, lo que hace no depende del otro. La actitud de su propio quehacer es su tarea, no es referencia a otros, sino a sí mismo. Ahí se acaba la competencia. Vivimos en una cultura que está constantemente amenazando el respeto a sí mismo y al otro invitado a la competencia, a la imagen, a la apariencia. Lo que uno tiene que hacer es soltar eso. Ahí hay un acto de la emoción, no de la razón, tiene que ver con el deseo, pero pasa por el autorrespeto. Uno puede aprender del otro, pero no convertirlo en la medida de calidad de lo que hace. A partir de ese momento es un ser libre que se puede encontrar con el otro, simplemente así.

—Un filósofo dijo que al

final de tanto estudio, había llegado a la conclusión de que la clave del vivir consistía en soltar de una manilla a la que uno siempre está sujeto.

—Tiene que ver con lo mismo. Porque el soltar la manilla consiste en moverse en el respeto por sí mismo. No tiene que buscar algo externo para validar su existencia. No tiene que sujetarse a otra cosa, sino ser uno mismo. Por supuesto que uno tiene miedo de esto, porque vivimos en una cultura que nos invita a valernos en lo ajeno, en las posiciones, en las relaciones. Mientras su identidad dependa de las cosas que tiene, será esclavo de ellas.

—Y usted, ¿a qué le tiene miedo?

—No sé si lo tengo...

—¿Hay cosas que lo hagan enojarse?

—En este momento ninguna

(rie). De verdad que en estos momentos pocas cosas me enojan.

—¿Eso quiere decir que es feliz?

—Sí, desde luego que soy feliz. Y hay otra cosa, si describiera la dinámica relacional, descubriría varias cosas: lo primero es que la gente es muy poco mal intencionada. Los seres humanos no vivimos con la mala intención como cosa fundamental, sino que tenemos coquetería. Y cuando uno sale de la mala intención, cómo entonces se puede enojarse con la coquetería del otro. A lo más puedo pensar, ¿qué pena? Yo no estoy exigiendo nada a las personas, no estoy esperando nada de nadie.

—¿Cómo se llega a no esperar nada de nadie?

—Dejando ser. Usted me viene a hacer una entrevista y yo no espero nada de ella. Como no tengo nada que ocultar, le cuento todo. ¿Y por qué no tengo nada que ocultar? Porque no estoy tratando de defender ninguna imagen.

—¿Eso es la felicidad?

—Claro, esa es la felicidad. A veces hay situaciones de pena, a situaciones en las cuales me gustaría estar de otra manera y no lo puedo hacer, pero no estoy atrapado en esas situaciones. Eso no es una cosa tan extraordinaria. Es muy fácil.

—¿Es así una decisión ser feliz, entonces?

—Por supuesto, pero no puedo decidirlo en términos de ser feliz, sino de no buscar fantasías. Si busco la felicidad nunca la voy a tener, porque voy buscando una fantasía. Voy a ser feliz desde el momento en que no me apego a los deseos, a las apariencias. A que no pretenda valer lo que se hace desde afuera de sí mismo. Es importante ser responsable con el quehacer y el vivir. Con el trabajo, con los hijos, con la pareja, si la tiene; y si no, con su vivir solo. Así no estará metido en la fantasía de "debería tener pareja y no la tengo". O "mi pareja debería ser así..." o "mis hijos deberían...". No niega su entorno, lo vive, y resulta que es feliz. Ni siquiera se da cuenta. La infelicidad está en la continua frustración de buscar una apariencia que no se logra, de satisfacer expectativas de otros, lo que es imposible.

Maturana, cuando por segunda vez, desde hace 13 años con Benita Gerusch, profesora de Tai chi, piensa que la dificultad en el tema de la pareja radica en que esta actualmente obedece a una cultura patriarcal que empuja las relaciones, en general, a situaciones de competencia y exigencia. Cada vez que la pareja entra en ese juego, tarde o temprano vive su destrucción.

—Visualizamos las relaciones como competencia, exigencia, satisfacción de aspiraciones. Por ejemplo, le presentamos a Fernando Flores y le hacemos una descripción fuera de toda dimensión ideológica de la persona; entonces, crea expectativas y en ese espacio se encuentran. Es una cultura que valora la imagen y no la simple presencia del otro.

—Una última cosa, ¿cuál es la diferencia entre Fernando Flores y usted?

—Fernando Flores dice que no hay que dar puntada sin hilo y yo pienso que si siquiera hay que ponerle hilo a la aguja. ■

**Ni siquiera hay que ponerle hilo a la aguja [artículo]
Jacqueline Tichauer.**

AUTORÍA

Autor secundario:Tichauer, Jacqueline

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ni siquiera hay que ponerle hilo a la aguja [artículo] Jacqueline Tichauer. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile